

# La Capillina

## ALLENDE, VISCONTI, PECKINPAH

Tenia sentido de la línea perpendicular. Caminaba con aplomo, con la cabeza muy en su sitio, la mirada fría tras las dioptrías, y sabía estar como sólo saben estar las personas muy y muy bien educadas. Tenía tradición cultural. Pertenecía al mismo estamento social que la plana mayor de la oposición y de la reacción. De esa pertenencia le quedaba un respeto tremendo por la cultura y la afición de coleccionista con posibles, preferentemente de objetos arcaicos chinos y peruanos. Era un buen conversador, amable, irónico, diciente, capaz de soportar las bromas de su amigo Eduardo Frei sobre el paraíso socialista e incapaz de hacerle bromas al Nuncio de Su Santidad sobre el otro paraíso. Era un gran polemista.

Si se hiciera una película sobre su vida y su muerte, yo proponería que la primera parte la realice Visconti, y la segunda y última, Peckinpah. Iria bien esa morosidad refinada y lírica de Visconti para contar cómo nace la vocación política en un joven estudiante de medicina allá por los años veinte y cómo la década de los treinta termina de concienciarle y meterle en el partido socialista chileno. La década de los treinta fue óptima para la socialdemocracia latinoamericana. Había salido del pleito escisionista con los comunistas con mayor radicalidad que la socialdemocracia europea, pero con el mismo repudio antistaliniano. El joven Allende, porque estoy hablando de Allende, pudo proyectar en aquel partido su conciencia moral indignada por el espectáculo de la injusticia social sin perder su repugnancia culturalizada por la violencia y la arbitrariedad del poder. La norma democrática le parecía una garantía para evitar la dictadura del poder de las élites o de las personalidades. Durante muchas convocatorias electorales se presentó al frente de su partido y de coaliciones izquierdistas, y siempre supo perder según sus principios ideológicos y un algo más, un "savoir faire", un sentido del "fair play" que le aporta la cultura y una educación musical que ya desde la infancia ha-

dado a los paisajes naturales y humanos un movimiento de "allegro moderato". Cada vez que perdía una convocatoria electoral felicitaba a los vencedores, incluso intercambiaba palmadas en la espalda con Frei o Tomic. Y cuando ganó esperó el mismo trato, recibió el mismo trato inicialmente. Allende era consciente de que había recibido un terreno previamente delimitado, codificado por sus antagonistas históricos. Sabía que no había escogido el terreno y no cesaba de recordárselo a los impacientes jóvenes del MIR: "No caigáis en el error del mayo francés. No hemos elegido el terreno. Lo hemos recibido. Tenemos el Gobierno, pero no el poder".

Allende tenía la virtud de inspirar confianza. Es una virtud casi natural que depende de las líneas del cuerpo, de la manera de ocupar una porción de espacio, de la manera de moverse, de mirar, de sonreír, de estar. Y Allende tenía sentido de la línea perpendicular. Caminaba con aplomo, con la cabeza muy en su sitio, la mirada fría tras las dioptrías, y sabía estar como sólo saben estar las personas muy y muy bien educadas.

Hasta aquí Visconti.

Pero por las ventanas se introducen en la estancia los helados cañones de los fusiles y las pistolas. El alma del metal está cargada de pulpa gris, tiene un cerebro horroroso de ceniza. El espectador hará bien en apartarse instintivamente, porque Peckinpah domina la imaginación de la brutalidad como ningún ser humano la había dominado nunca. El espectador de las películas de Peckinpah tiene que hacerse siempre la pregunta del porqué último de la brutalidad que presencia.

Allende era irritante. Nacido para ser Frei, había querido ser Allende. Masón de convicción, presidía los actos religiosos. Socialista obsesivo y ultimista, creía en el respeto a la norma democrática, incluso como instrumento de construcción del socialismo. Así se explica la urgencia, la furia, la rabia de las balas. Mataban la excepción. Confirmaban la regla. ■

## SIXTO CAMARA

Fidel Castro a Allende. Una visita que sobrepasó todos los aspectos protocolarios, que se prolongó durante casi un mes —desde el 10 de noviembre al 4 de diciembre de 1971—, consiguió, por una parte, reconciliar algunos movimientos de extrema izquierda con Allende, pero, por otra, alejó de él a los izquierdistas moderados, que precisamente habían estado junto a Allende porque consideraban que era la mejor defensa contra un régimen cerrado como el de Fidel Castro. Por otra parte, para la derecha —incluyendo ya a la democracia cristiana—, la visita de Castro suponía una utilización propagandística en América de que no hay dos vías distintas al socialismo, sino una sola, y que allendismo y castrismo eran homólogos. Aún mientras Castro estaba aconsejando a los mineros que redujesen sus reivindicaciones y que comprendiesen el alcance del juego político que se estaba desarrollando, las mujeres de la derecha mostraban en Santiago de Chile sus cacerolas vacías.

En el Congreso, donde tan fácilmente se habían aprobado las primeras medidas de nacionalización de Allende, donde se había proclamado el Día de la Dignidad Nacional, la nueva derecha unida comenzaba ya a bloquear todas las medidas sociales, económicas y políticas del gobierno. Las medidas de nacionalizaciones, los créditos para el desarrollo industrial, el proyecto de reforma parlamentaria —la sustitución de las dos Cámaras clásicas por una Asamblea— salían rebotadas del Congreso con mayoría de la derecha. Se había producido un conflicto planteado en forma clásica entre el ejecutivo y el legislativo, semejante en cierta forma al que Nixon está soportando en los Estados Unidos, pero de una violencia grave. Las Cámaras se convertían en una máquina de negar. Más aún, de la resistencia iban a pasar a la ofensiva. En enero de 1972 los diputados acusaban al ministro del Interior de inconstitucionalidad: José Toha había reprimido algunas de las manifestaciones de la derecha. Allende se plegaría a este voto de censura, pero manteniendo a Toha como ministro de Defensa en su nuevo gobierno. Allende pensó durante un tiempo en la convocatoria de un referéndum para resolver este problema de la lucha entre las Cámaras y la Presidencia —de efectos particularmente nocivos en un régimen de constitución mixta como el chileno, donde los poderes entre la Presidencia y las Cámaras están muy repartidos—, pero prefirió buscar de nuevo un pacto con la oposición. Algunos nuevos cambios en el gobierno, algún acuerdo de compromiso sobre el presupuesto, una reducción y un aplazamiento en la lista de las nacionalidades, le permitieron un respiro. Pero la izquierda comenzó a acusarle de nuevo de debilidad. En realidad, era una preocupación total y absoluta por el legalismo.

Legalismo que no resultaba respetado por la oposición más radical. Complots más o menos aislados, atentados y actos de terrorismo comenzaron a producirse. En septiembre de 1971 se habló de una nueva organización militar clandestina; en marzo de 1972 fue detenido un grupo de militares retirados, acusados de complot. Fue el momento en que estalló el asunto de la I. T. & T., la International Telephone and Telegraph. No estalló en Chile, sino en Washington, donde el periodista Jack Anderson descubrió con documentos y testigos que esta poderosa sociedad con intereses en Chile y en toda Hispanoamérica —y, desde luego, en todo el mundo— había estado detrás del movimiento del general Viala en 1970 y había fomentado golpes de Estado y conspiraciones antes y después de la toma de poder de Allende. En Chile se comenzó a atribuir el cambio de posición de la democracia cristiana al peso de los fondos de la I. T. & T. y a la actuación del Departamento de Estado; una larga estancia de Eduardo Frei en los Estados Unidos se conectó con esta conspiración internacional.

Sin embargo, Allende no desesperó de llegar a un acuerdo con la democracia cristiana. Podría suponerse que hasta sus últimos momentos ha perseguido ese imposible, y que ha debido creer que era la única clave de la continuación del régimen sin guerra civil podría ser esa. Pero la democracia cristiana entablaba las negociaciones en situación de fuerza, vencida de su carácter de árbitro nacional. Las interrupciones tácticas para asestar un nuevo golpe. Así, el mes de junio de 1972 interrumpió el proceso de negociaciones para votar en el Congreso la inconstitucionalidad de otro ministro de Allende, Hernán del Canto, y una vez más el Presidente aceptó la decisión. Estas acciones de la oposición iban a tomar más fuerza y más violencia con el estallido de lo que se llamó una huelga de comerciantes, el 21 de agosto, y una serie de manifestaciones en las calles, que requirieron la proclamación del estado de sitio; mes y medio más tarde comenzaría el paro de los transportistas. Conviene señalar que la utilización de la palabra huelga en estos casos puede considerarse como una medida de propaganda: la huelga es realmente un instrumento de clase proletaria, y el cierre de comercios y de empresas de transporte es más bien un «lock-out», en el lenguaje clásico, es decir, una medida contra las clases obreras, o de defensa de las huelgas obreras. El paro de los empresarios de transportes y el de los comerciantes produjo la declaración del estado de urgencia. Pero arrojó un nuevo caos económico, al aumentar la escasez de productos de primera necesidad, que de nuevo fue atribuida por las derechas al gobierno y a su incapacidad económica. El plena huelga, la oposición